

MONUMENTO CONMEMORATIVO DEL DESEMBARCO DE COLÓN Á ORILLAS DEL RÍO CULEBRINAS (Puerto Rico).

DE COMO FUÉ EL DESCUBRIMIENTO DE PUERTO RICO

EL recibimiento que hicieron á Colón en Barcelona los Reyes Católicos ante toda su corte el 15 de Abril de 1493, fué de tal modo solemne y afectuoso, que hizo olvidar al gran navegante todas las humillaciones y penalidades pasadas causándole profunda emoción, hasta sentir humedecidos sus ojos con lágrimas de enternecimiento y gratitud.

El 15 de Marzo, poco después del medio día, había llegado al puerto de Palos, pasada la barra de Saltes al amanecer, transcurridos siete meses y trece días desde su salida en demanda de las Indias.

Emprendió sin pérdida de tiempo el camino de Barcelona acompañado por Juan de la Cosa y los demás tripulantes de la carabela *Niña*, que se hallaban en disposición de seguirle, y con ellos fueron también, entre otros, los indígenas de *Guanahani* y de la *Española*, que habían podido soportar la navegación procelosa acabada de efectuar por aquellos hombres arrojados.

La marcha de los descubridores hasta Barcelona, fué un triunfo continuado. Todas las miradas se dirigían á Colón, cuyo aspecto noble y bondadoso, inspiraba respetuosa simpatía. También llamaban poderosamente la atención y causaban singular extrañeza, aquellos hombres y aquellas mujeres, apenas vestidos con las capas de algodón y las plumas y collares, que más bien les servían de ornato que para cubrir su desnudez y que con su atezado cutis y exótica apariencia venían á confirmar de una manera evidente, todas las promesas del insigne genovés.

Ya no era Colón el pobre *loco de la capa raída*, desatendido por los próceres y menospreciado por el vulgo; su gloria resplandecía con fulgor vivísimo, y nadie ponía en duda las maravillas portentosas, que se oían contar de su viaje extraordinario.

Los Reyes no le dejaron hincar las rodillas en el suelo ante su presencia; se levantaron, alargando hacia él sus brazos y le hicieron tomar asiento á su lado en un escabel. ¡Honor fué éste inusitado en aquellos tiempos, que si bien causó profunda admiración en los que lo presenciaron, mereció la implícita aprobación general!

Fueron confirmadas las gracias y distinciones que se habían otorgado á Colón; se dispuso en el acto que se alistase con toda premura una flota provista de todo lo necesario, para la conquista y colonización de las tierras descubiertas, y se nombró á Colón capitán general de la Armada, que debería salir del puerto de Cádiz lo antes posible.

El 3 de Mayo expidió el Papa Alejandro VI una bula, por la que se reconocía á los Reyes Católicos derecho á todos los países ya descubiertos y que se descubrieran al Oeste del meridiano distante 100 leguas de las Islas Azores, y el 20 del mismo mes, concedieron los Reyes al Almirante D. Cristóbal Colón, para sí y sus sucesores, nuevas armas heráldicas en adición á las de su familia.

Satisfechos D. Fernando y Doña Isabel del feliz éxito del primer viaje de Colón, no se cansaban de darle pruebas de la consideración y del alto aprecio en que lo tenían, usando con él de confianzas y lisonjas que acaso no se habían dispensado jamás á ningún vasallo. Todo lo consultaban con él, en todo seguían su dictamen, acrecentáronle sus atribuciones y mandaron que todos le obedeciesen y respetasen, *porque Nos queremos que el Almirante de las Indias, sea mucho honrado y tratado como es razon, y segund el estado que le dimos.* Así lo declararon los Reyes, á consecuencia de haberle tratado con poco miramiento Juan de Soria, secretario del Príncipe D. Juan, al cual reprendieron además severamente.

Debió á la munificencia de los monarcas 1.000 doblas de oro para sus gastos personales; cinco criados para su servicio, asistencia gratuita para él y su casa en los pueblos por donde transitaré, y autorización para proveer por sí, los oficios de gobernación, en las tierras descubiertas; recomendándole ciertas personas y rogándole, no mandándole, que les diera algún empleo.

Por fin, obtenida la venia de los soberanos y habiéndose despedido tiernamente de sus hijos D. Diego y D. Fernando, se puso el Almirante en camino para Cádiz, donde era esperado con impaciencia. Hizo su entrada en la antigua ciudad fenicia entre las aclamaciones de la multitud que agitaba al verlo sus tocas y pañizuelos, el alegre tañido de las campanas y el estruendo de las lombardas y de otras armas de fuego.

La presencia del Almirante imprimió mayor actividad á los aprestos de la armada y todos á porfía se ocuparon sin descanso en el acopio de los víveres y bastimentos, que se recibieron principalmente de Sevilla, bajo la conducta del mercader genovés Juan Berardi; de las semillas y granos, de ganado de todas clases procedentes de varios puntos de Andalucía, de los pertrechos de guerra que se tomaron de las atarazanas de Sevilla y Málaga; de provisión de cal, ladrillos y herramientas de artes y oficios para edificar, y de utensilios domésticos y de labranza.

Corría ya el mes de Septiembre, cuando se terminaron los preparativos del viaje. Más de mil personas se enrolaron para embarcar en las naves bajo la inspección del veedor ó contador de la armada Bernal Díaz de Pisa, y hubo que desechar á muchos vagos y aventureros que solicitaban ser admitidos y que no inspiraban confianza.

La flota se componía de 17 buques; de ellos, cuatro eran grandes carracas destinadas exclusivamente para carga, en las que se acondicionaron lo mejor posible los caballos, el ganado, los utensilios, las herramientas, los aperos de labranza, las plantas, las semillas y otros muchos objetos.

En la nao «Marigalante», que mandaba el capitán Antonio de Torres, hermano de doña Juana, aya del Príncipe D. Juan, arboló su insignia el Almirante D. Cristóbal Colón, la cual saludaron todas las naves, á la voz y con la artillería, arriando al propio tiempo sus banderas y flámulas en signo de acatamiento.

Entre las 12 carabelas que formaban la escuadra, iban las nombradas «San Juan», «Cordera», «Gallega» y la «Niña». Esta última había hecho todo el primer viaje y la mandaba Juan de la Cosa, el célebre piloto y cartógrafo.

Se repartieron en los bajeles D. Diego Colón, hermano del Almirante, que más adelante fué eclesiástico; el P. Fr. Antonio de Marchena, como cosmógrafo, por encargo expreso de los Reyes Católicos; Fr. Fernando Boil, Fr. Román Pano y otros religiosos del monasterio de Monserrat; el comendador Mosen Pedro Margarit, caudillo militar acreditado; el valiente y denodado Alonso de Ojeda; Francisco Roldán, que fué el primer Alcalde corregidor en la Española; Sebastián de Olano, perceptor de derechos reales; Ginés de Corbalán, audaz explorador; Diego Velázquez, que fué después el primer Gobernador de Cuba; Juan Ponce de León, que conquistó á Puerto Rico; el valeroso Juan de Esquivel; los aguerridos soldados Guevara, Gaspar, Beltrán, Luis de Arriaga, Pedro Fernández Coronel, Antonio Sánchez Carvajal, Juan de Luján, Gil García Maldonado, Abarca y otros cuyos nombres no han llegado con tanta notoriedad hasta nosotros.

Desempeñaba en la nao el cargo de Escribano de la Armada, Diego de Peñalosa, é iban en el mismo buque, el doctor en medicina Diego Alvarez Chanca, enviado por el corregimiento de Sevilla como cronista de la expedición, y los peritos industriales ó ingenieros mecánicos Fermín Zedó y Antonio Villacorta.

Fijó el Almirante la salida definitivamente para el 25 de Septiembre, dando las órdenes convenientes á todos los capitanes y maestros, y al amanecer de ese día memorable, que era miércoles, estaba á la vela la armada, impelida suavemente por el viento bonancible del S. E., con marejadilla y bajo un cielo puro y despejado.

Cuando la «Marigalante» disparó sus lombardas y falconetes en señal de despedida, las campanas de todas las iglesias de Cádiz se echaron á vuelo, mientras que innumerables laúdes, candrais y bateles, fueron siguiendo las aguas de la nao hasta estar fuera de puntas, haciendo votos por la prosperidad de los expedicionarios.

Con tiempo variable llegaron el 2 de Octubre á la Gran Canaria; el 5 á la Gomera y el 6 á la isla de Hierro.

Renovaron los buques su provisión de agua en estas islas; refrescaron los víveres; hicieron algunas reparaciones ligeras; embarcaron más plantas y semillas para aclimatarlas en las Indias, y el 13 continuaron su navegación en vuelta del S. O. disfrutando una brisa franca y con buen cariz.

El domingo 3 de Noviembre, descubrieron á los primeros claros del día una isla que se llamó «Dominica» y luego otra que tomó el nombre de «Marigalante», por la nao en que iba Colón. Bajó á tierra el Almirante y tomó posesión formal de las islas descubiertas, ante el escribano de cámara Peñalosa.

Pasó la flota sin novedad, entre la «Dominica» y la «Marigalante» el 4, y llegó el 5 á la «Sibuqueira» de los indios, que es la «Guadalupe». En ella vieron con asombro varios saltos de agua cristalina, que aprovecharon para rellenar de ella la pipa. Salieron de allí el 10 y avistaron sucesivamente las islas de «Santa María de *Monserrat*» «Santa María la *Redonda*», «Antigua» y «San Martín», yendo á fondear en la anochecida del 14 al abrigo de la isla de «Santa Cruz» ó *Ayay*.

Finalmente, el sábado 16 de Noviembre á la caída de la tarde, se hallaba la armada frente á la parte S. E. de la hermosa isla *Boriquén*, á la que puso Colón el nombre de «San Juan Bautista», en honor del Príncipe, hijo de los Reyes Católicos.

No ignoraba el Almirante que el fuerte de *Navidad* se hallaba situado alrededor de los 20° de latitud, pues que en su primer viaje la había observado más de una vez y entre otras, en los días 30 de Octubre y 21 de Noviembre de 1492, que halló estar en el paralelo de 21° N. y como por sus cálculos, al avistar aquellas islas, no debía pasar de los 16°, tenía por necesidad que hacer rumbo más al N. para su anhelado propósito. El encuentro con la cadena de pequeñas islas que denominó, *Las once mil vírgenes*, le contrarió seguramente, porque le obligaban á apartarse de su derrota, para no comprometer sus embarcaciones, y fué á recalar cerca del cabo *Ma-la Pascua*. Sorprendido Colón al ver las tierras altas de la sierra de *Luquillo* y la magnitud de la isla *Boriquén* (como la nombraban las indias, que conducía desde Guadalupe), considerando sin duda, que era más fácil seguir por el S. de ella, que se le ofrecía franco, que barloventear hacia el N., y temeroso probablemente, de los riesgos de la navegación por entre el archipiélago que había visto, optó por lo más cómodo y seguro. Barajó, por lo tanto, la costa meridional de Puerto Rico y al llegar á los *Morillos de Cabo Rojo*, como el viento debía experimentarlo escaso para remontar, tuvo que ir *de vuelta y vuelta*, sin perder de vista la tierra, acercándose á hacer *aguada* en el punto de la costa occidental de la isla, donde con tal objeto solían recalar con frecuencia los caribes, cuando iban á *Boriquén* á cautivar mujeres y niños principalmente.

Conviene advertir, que en los buques había varios indios procedentes de la *Española*, intérpretes ó *lenguas*, por los cuales se enteraba Colón de todo lo que le convenía averiguar.

Consta por Pedro Martir, que el buque donde iba Colón, trató de renovar su *aguada* en Santa Cruz; pero allí hubieron de combatir los españoles con los naturales, no

pudiendo conseguir su objeto; pero hicieran ó no agua, es indudable que sólo esa necesidad imprescindible en una armada numerosa, fué causa de la detención en la isla *Boriquén*, conciliándose por ello, tal demora, con la ansiedad que sentía el Almirante por llegar al fuerte de *Navidad*.

En la carta que Pedro Martir escribió al cardenal Sforza, tomándolo de lo dicho por Antonio de Torres, se lee: *la costa meridional de esta isla, se extiende casi á doscientos mil pasos*, y como el *paso romano*, á que se refiere esta medida, equivale á 0,73 metros, viene á resultar que los 200.000 pasos, hacen algo más de 26 leguas de 20 al grado, que es muy próximamente la distancia que hay desde el cabo *Mala Pascua* á los *Morillos de Cabo Rojo*.

En la relación del Dr. Chanca, aparece: *cuya costa corrimos todo un día: juzgábase que tenía por aquella banda treinta leguas*.

Como se podrá evidenciar, Torres, como buen marino que era, contaba con exactitud y Chanca en numeros redondos; pero uno y otro, muy cerca de la verdad.

Después de haberse aguantado al paio ó con poca vela durante la noche del 17, (fiel á las prescripciones que entonces, más aún que ahora, debía tomar un experimentado marino cerca de tierra desconocida), fué Colón voltejeando todo el día 18 y bien entrado el viernes 19 de Noviembre, montó y dobló la punta de *San Francisco*, para fondear en las inmediaciones del río *Culebrinas*, donde hizo *aguada*.

Desde aquella fecha gloriosa, quedó impuesto el nombre de río del *Aguada*, á aquel del que se surtieron las naves; á el *Aguada*, llegó primero Juan Ponce de León en 1508, (por ser punto ya conocido de él), cuando partiendo de *Higüey* en Santo Domingo, fué á cristianar la isla *Boriquén*; *Aguada* se llamó aquel sitio y cerca de él se edificó en 1510, el pueblo de *Sotomayor*; *Aguada* se denomina el nuevo pueblo que existe allí desde 1585, y en *Aguada* y después en la *Aguadilla*, tenían orden de tocar siempre los buques que desde España iban destinados á las diferentes regiones de América «á causa (según se lee en el *Derrotero de las Antillas*), de la comodidad que encuentran en ella para refrescar los víveres y la *Aguada*».

Entre la *Aguada* de 1511 y la *Aguadilla* de 1775, á la vista de la histórica ermita del *Espinar* y no lejos del viejo cauce del río *Culebrinas*, se erigió por iniciativa y acuerdo de la Junta del IV Centenario del descubrimiento de Puerto Rico, un sencillo monumento, que recordará á todos los que transiten por aquel paraje, que hace más de cuatro siglos, fondearon frente á aquella playa las naves, que ostentando el glorioso pendón de Castilla fueron el móvil de la civilización cristiana, bajo cuyo amparo viene progresando de día en día la isla, habitada en su mayoría por descendientes de los conquistadores, que disfrutaban pacíficamente los beneficios del progreso y de la cultura intelectual y material.

Al pie de la modesta cruz de piedra del país que domina el obelisco, arrodillado el creyente, suspenso el viajero y postrado el humilde siervo de Dios, elevarán preces al Altísimo por los denodados navegantes, que con intrepidez nunca vista, se lanzaron á descubrir tierras, y al dirigir sus ojos en torno, verán que si no ha quedado

huella del paso de aquellos héroes, han sido suficientes los datos que existen, para consignar de una manera permanente, el sitio y la fecha en que se verificó el descubrimiento.

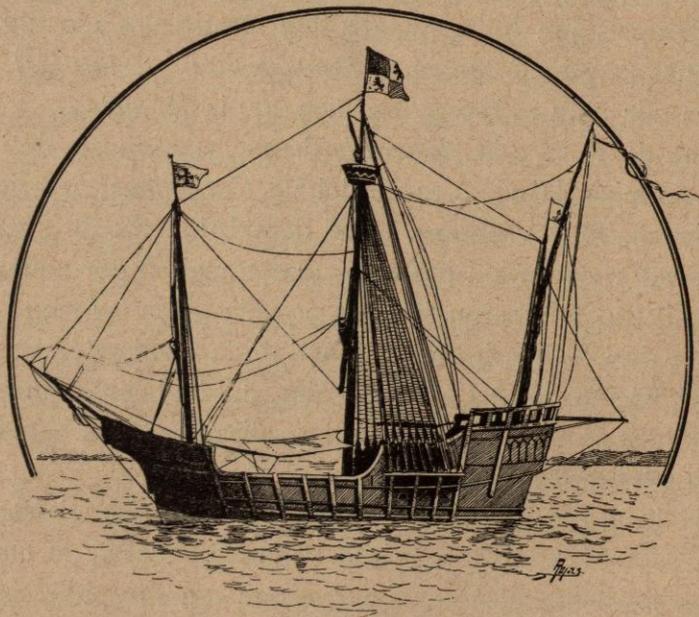
Sin embargo, no han faltado por cierto impugnadores del aterramiento de Colón en la ensenada de Aguadilla. Unos por amor desmedido y apasionado á su pueblo natal, desentendiéndose de la relación del Dr. Chanca y de lo expuesto por el capitán Antonio de Torres han querido hacer ver con pretextos especiosos que el Almirante con sus diecisiete naves, tuvo el capricho de arriesgarse á tomar el malísimo puerto de Guayanilla, situado en la costa meridional de la isla de Puerto Rico. Otros siguiendo á Navarrete, suponen que los españoles fueron á parar á Mayagües, salvando los escollos que dificultan su entrada. Pero en la carta citada de Pedro Martir al cardenal Sforza, se aclara aún más este punto interesante, pues dice textualmente *en su último ángulo de Occidente bajaron á tierra...* paraje que no puede ser otro que la ensenada de Aguadilla, donde concurren además, todas las condiciones de poseer abundancia de agua, facilidad para entrar, salir y fondear, y menor distancia á la isla Española, que de cualquier otro punto.

A los ilustrados y laboriosos portorriqueños, D. Salvador Brau y Dr. D. Cayetano Coll y Yuste, con cuyas opiniones estoy en todo conforme, se debe principalmente el esclarecimiento de este punto interesante, acerca del cual ya no puede elevarse ninguna duda y que reviste excepcional importancia para la historia de Puerto Rico.

Allí permaneció dos días la flota y el 22 de Noviembre al amanecer siguió su navegación, avistando por la tarde el cabo Engaño de la tan deseada isla Española, que era el objeto primordial de la expedición.

PATRICIO MONTOJO

Madrid, 26 Marzo 1895



LA NAU «MARIGALANTE», DONDE IBA COLÓN CUANDO DESCUBRIÓ Á PUERTO RICO EN 1493